

CARTAS DESDE TASMANIA

Anna Romer



...ndo tengas edad suficiente para
olvidado nuestros preciosos
may pequeña cuando no
... las manitas con

SUMA

SÍGUENOS EN
megustaleer



[@Ebooks](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para mi preciosa Katie, con un océano de amor

«Eres un rubí incrustado en el granito.
¿Cuánto tiempo todavía nos decepcionarás?
Podemos ver la verdad en tus ojos».

RUMI

PRÓLOGO

Agosto de 1898

Es medianoche. Estoy encorvada sobre el frío suelo de la biblioteca, garabateando estas palabras a la luz de un cabo de vela. El viento hace vibrar los cristales y el aire está cargado de olor a pólvora.

Los hombres armados se están acercando. Puedo oír sus gritos mientras pisotean los helechos por el lindero del bosque. No tardarán en vociferar por el camino entre árboles que lleva a la casa. Sus perros rastrearán el olor a sangre y nos encontrarán.

Un hombre yace en el suelo, a mi lado, cubierto con mi manto. Una mancha de sangre oscura empapa la lana gris.

—Amor —le susurro al oído—, ¿puedes oírme?

No contesta. Fuera, no oigo más que el suspiro del viento entre los eucaliptos rojos y el aullido lejano de la jauría. Lo observo a la luz de la luna, fijándome en la boca ancha entre sendas arrugas, la nariz majestuosa, la piel pálida. El suyo es un rostro que llama la atención, despierta la curiosidad del observador desprevenido. Luego intriga. Y, después de un conocimiento más íntimo, provoca una especie de temerosa obsesión.

Cierro los ojos, pero no sirve para ahuyentar al pasado. Mi añoranza es como un cuchillo escarbando en las blandas cavidades de mi corazón. Mi dolor es mortal. Ahora mismo no deseo otra cosa que morir aquí en la oscuridad en presencia del amor.

Me ovillo aún más. Impregna el aire un olor a cobre. Solía decir mi padre que la sangre tiene el olor picante del hierro bruto, pero discrepo. Para mí es agrio, como las raíces podridas de la casuarina a cuyo pie jugaba de niña; huele a salmuera con ceniza, a culebras retorciéndose por debajo de la casa vieja, a metal enterrado durante demasiado tiempo.

Cuánta sangre.

Mi mirada vaga a ciegas por la sala, soy incapaz de concentrarme en el otro cuerpo inmóvil desplomado entre las sombras. Mi atención se dispersa, huidiza y evasiva. No es que su muerte me aflija; antes al contrario, era mi más encarnizado enemigo y tengo buenas razones para regocijarme por su desaparición. Lo único que lamento es que, al morir, nos ha condenado a todos.

Me tumbo, recogíendome la falda, junto a mi amor y entrelazo mis dedos cálidos con los suyos, largos y fríos. Interrumpo la quietud con mi sollozo. Luego vuelve a hacerse el silencio.

Trato de rezar. No por mi alma, porque soy un caso perdido, sino por los seres queridos que he perdido y ahora me persiguen. El Señor atiende todas las oraciones, solía decir mi padre, incluso las de los pecadores. No me sale nada por más que intento recordar las palabras. Quizá mis pecados sean demasiado grandes, incluso para los oídos compasivos del Señor.

En ese momento me asombra el largo viaje que he hecho. No solo por el mar encrespado y hasta lo más recóndito de una tierra desconocida, sino por la distancia del trayecto de niña a mujer y lo que vino después. Mi viejo yo murió a lo largo del recorrido y nació este otro yo, nuevo y desconocido. Un ente extraño, un ser que me pone nerviosa y a menudo me atemoriza. Con todo, me encuentro más a gusto dentro de él que dentro de la niña inocente que era antes.

Me aprieto contra el cuerpo del hombre que está a mi lado, estrechándolo inerte entre mis brazos, deseando que mi calor le devuelva la vida. En cierta ocasión me dijo que el amor tiene el poder de obrar milagros. Si fuera cierto, ¿me concederá el amor este último deseo?

Vuelve, le suplico. Vuelve, por favor.

Hay tantas cosas que contar, tantas mentiras que aclarar, tantas decepciones que disipar, verdades que ansío que él escuche. Antes de que él también se haya perdido.

Pero ¿por dónde empezar?

Respiro hondo, mi pensamiento se remonta veloz a un pasado más feliz. Anterior a cuando el destino me trajo aquí y el amor me convirtió en una asesina.

—Procedo de una zona agreste y dura del país —le digo suavemente—, con paisajes graníticos interminables y bosques de árboles del té tan espesos que un gato no puede deslizarse entre ellos, un lugar donde las ramblas secas se abrasan bajo un sol implacable y el imponente Muluerindie se lanza tierra adentro desde el mar, un lugar donde los oscuros eucaliptos mugga se yerguen hasta un cielo tan vasto y azul que duelen los ojos...

1

«Quienes tememos la verdad y vivimos negándola hemos perdido el norte
en la vida».

ROB THISTLETON, *DÉJALO PASAR Y VIVE*

Ruby, abril de 2013

Pero, bueno..., ¿qué es esto?

Estaba de pie en mi abarrotada habitación, en un recuadro de luz matutina junto a la ventana, el pulso latiéndome indeciso. En una mano tenía la chaqueta del traje de mi novio, una bien cortada Armani gris marengo que llevaba puesta cuando vino anoche.

En la otra mano tenía un bulto de encaje negro, un sujetador diminuto, sexy, por lo que pude ver. Tenía tirantes finos como espaguetis y una herradura dorada en miniatura cosida en el encaje entre las copas. Lo había encontrado en el bolsillo de la chaqueta de Rob. No es que hubiera estado figando. Él había colgado la Armani junto a la ventana abierta, supongo que para que se orea mientras se duchaba. Cuando me puse a investigar percibí un leve tufo a humo. Humo de cigarrillo, pensé sorprendida, porque Rob jamás permitía que sus pacientes los encendieran en las inmediaciones de las salas de terapia.

Llegaba su voz a través de la puerta del cuarto de baño. Estaba cantando *Rhinestone Cowboy* y eso me sorprendió. Conocía a Rob desde hacía casi tres años y en todo ese tiempo nunca lo había considerado fan de Glen Campbell. Puede que fuera eso lo que despertó mi curiosidad. Rob era un entusiasta de la música clásica. Brahms, Mozart, Liszt. Si estaba de buenas, podía poner algo de Shostakovich. En cambio, yo estaba loca por el folk de los setenta, en realidad de los setenta me gustaba cualquier cosa, aunque sabía que Rob lo consideraba terriblemente

vulgar. Durante un tiempo estuve intentando encontrar un equilibrio, un compromiso por ambas partes, y dar con algo que pudiéramos disfrutar ambos..., pero ¿Glen Campbell? En otro momento me habría quedado impresionada.

Miré con el ceño fruncido el sujetador.

Quizá Rob me lo hubiera comprado como un regalo. Pero era una tontería, yo tenía curvas, muchas; nadie en su sano juicio esperaría que cupiera en una prenda tan diminuta.

Se me encogió el corazón. ¿A quién quería yo engañar? Caí en la cuenta con una punzada de dolor que procuré contener manteniéndome inmóvil. Reteniendo el aliento. Buscando mentalmente sin encontrarla otra explicación menos horrible.

Calló la ducha. Rob hacía ruido en el cuarto de baño contiguo, silbando mientras se secaba. Me imaginé irrumpiendo y exigiéndole que me contara qué había estado haciendo de verdad anoche, pero el miedo me paralizó. ¿Y si admitía que había conocido a otra? ¿Y si rompía conmigo?

El ligero sujetador pendía de mis dedos como un gatito muerto.

Lo olí. Desde luego, humo de cigarrillo. Y el perfume, Poison, de Christian Dior. Lo conocía bien; tenía un gran frasco morado en mi cómoda. Solo lo había usado un par de veces para complacer a Rob. Me lo había regalado al poco de empezar a salir, envuelto en papel de regalo, con un lazo y una flamante tarjeta que decía: «Gracias por los tres meses más felices de mi vida».

Nuestros primeros meses habían sido felices. Para mí, delirantemente. Había estado soltera la mayor parte de mi vida adulta y avergonzada secretamente de ello. Tenía treinta años y, mientras todas mis amigas se casaban y parían niños, yo había estado persiguiendo mi sueño. Claro que eso era una excusa. La gente siempre me estaba preguntando cuándo iba a empezar a organizarme, encontrar a alguien estupendo y sentar la cabeza. Fundar una familia propia. Nunca tuve el valor de decirles que bebés y maridos no eran lo mío, de manera que me ponía a disertar sobre la carrera profesional, los milagros de la medicina moderna y cómo en estos tiempos las mujeres estaban retrasando la maternidad incluso hasta los cuarenta.

Contemplé el sujetador, luego la puerta que me separaba del hombre al que amaba. Seguía silbando y haciendo repiquetear cosas y el más leve sonido me hacía sentirme cada vez más sola.

Mi pequeña librería había sido mi vida hasta conocer a Rob. Había trabajado duro partiendo de cero, apretándome el cinturón y planificando con la precisión de un estratega militar. Me había inclinado por lo que más me gustaba y, de algún modo, todo había encajado. Vendía los últimos éxitos de ventas, pero sobre todo ofrecía libros de segunda mano y también una selección de CD y libros en audio para hacer las cosas interesantes. Tenía un puñado de clientes habituales y con los años acabé intimando con muchos de ellos. De esa manera había hecho un montón de amistades, ratones de biblioteca a los que, igual que a mí, lo que más les gustaba era sentarse a la mesa del comedor después de una buena comida a beber vino tinto y charlar sobre libros horas y horas.

Por aquel entonces esas veladas librescas mantenían a raya mi soledad. La librería también ayudaba. Con todo, hubo días que pasé mirando por el escaparate las aceras soleadas, observando a los viandantes. Montones de hombres magníficos, pero al parecer todos emparejados, o gays, o con demasiada prisa como para quedarse a echar un vistazo a mis libros. Tuve pocas citas, tan solo unos cuantos intentos, pero nada que durara más de tres semanas.

Así fue hasta que encontré a Rob.

Me había gustado su cara desde el momento en que la vi en la solapa de su primer éxito de ventas *Déjalo pasar y vive*. Tenía una sonrisa ancha, acogedora y una tosquedad juvenil. Me sentí atraída hacia él y quise conocerlo, de manera que planeé una sesión de firmas de autor en mi librería.

Para mi sorpresa, Rob aceptó.

El acto tuvo un tremendo éxito y Rob se quedó después a tomar una copa de vino. En persona era más fabuloso si cabe: alto, delgado, impecablemente trajeado. Por supuesto, no era perfecto, tenía una cicatriz al lado de la ventana izquierda de la nariz y llevaba el pelo, que ya raleaba, cortado casi al cero. Pero

tenía una forma de hablar y una atención cautivadora que me desarmaron.

No mucho después de aquello me invitó a salir.

—¿Ruby?

Me sacó de mis pensamientos. Me eché sobre la cama escondiendo el sujetador en el bolsillo de la bata.

Una vaharada de vapor penetró en la habitación al abrirse la puerta del cuarto de baño. Rob estaba entre nubes de vapor, con el cuerpo reluciente y húmedo, el vello del pecho perlado de gotas de agua. Igual que el fantástico y musculoso modelo de ropa interior, sin la ropa interior.

—¿Todavía no te has vestido? —Su voz era suave, pero había un deje de irritación—. Nos vamos a las ocho en punto. No lo olvides. —Tomó una toalla limpia de la parte de atrás de la puerta y se frotó la cabeza—. No he podido encontrar mi loción de afeitar. ¿La has cambiado de sitio?

—Ah, he hecho limpieza. Está en...

Se me hizo un nudo en la garganta, incapaz de quitarme de la cabeza la imagen del sujetador. *Pregúntale ahora. Exígele una explicación.* Abrí la boca y la pregunta tomó forma en mi mente, pero mi lengua fue incapaz de articular palabra.

¿Estás teniendo una aventura?

—No importa —dijo Rob, aunque me pareció oírle suspirar—. La verdad, nena, deberías dejarme que te buscara una asistente. O al menos alguien que sepa organizar. Si uno se perdiera entre tanto desorden, puede que no se volviera a saber de él.

Me hizo un guiño para que viera que lo decía en broma yforcé una sonrisa. Pero había enredado los dedos en los tirantes del sujetador dentro del bolsillo de la bata. El elástico se había ido tensando hasta el punto de cortarme la circulación en las yemas de los dedos.

—Rob —empecé, pero otra vez me faltó valor. Ahora no era el momento. Estaba en bata en la cama, con la cara sin maquillar. No me había cepillado el pelo y tenía largos mechones pegados al cuello por debajo de la bata. Peor aún, mis pechos, vientre, trasero y muslos estaban sin la correspondiente ropa de apoyo. Me quedé apesumbrada. De pronto la idea de una pelea —sobre todo si terciaba una rival del tamaño de una muñe-

ca— se me antojaba demasiado abrumadora. Tendría que esperar. Esperar a que se me serenara el corazón y pudiera hablar coherentemente. Esperar a tener mi mejor aspecto. Esperar a enfrentarme con Rob desde una posición más segura.

—¿Qué pasa, nena? —Rob se estaba ajustando la corbata en mi espejo vestidor de anticuario, absorto en su reflejo.

—¿Crees que...? —Carraspeé y volví a intentarlo—. ¿Crees que se alegrará de verme? Me refiero a mi madre.

Rob me miró de reojo por el espejo.

—Te ha enviado una invitación, ¿no?

—Claro.

Me apreté contra la cama, deseosa de desaparecer. Me había sorprendido recibir una invitación para la última exposición de pintura de mi madre en Armidale. Mi madre y yo nunca nos habíamos llevado bien, ni siquiera cuando mi hermana Jamie vivía. Al morir Jamie, me fui de casa a la primera oportunidad y mi madre y yo nos distanciamos aún más. Nuestra relación actual consistía en alguna que otra llamada telefónica por el cumpleaños o por Navidad y postales muy de cuando en cuando.

Levanté la vista y vi que Rob me estaba mirando. A esa hora temprana sus ojos castaños parecían casi negros y, por un momento —un latido, un suspiro—, adoptó una expresión que no le había visto nunca; intensa, concentrada e... inquietante. Cambié de postura en la cama, ciñéndome más estrechamente la bata acolchada.

Luego él sonrió y se disipó la intensidad.

—Estás nerviosa, nena. Nada más. Llevas sin ver a tu madre, ¿cuánto?, ¿tres años?

—Cuatro —le recordé, buscando en su rostro una señal de que algo no iba bien; pero si sentía alguna culpa por el sujetador, no lo manifestaba—. ¿Y si sale mal? ¿Y si mamá y yo discutimos como la última vez?

—Nena, es normal sentir aprensión. Es uno de esos retos que te plantea la vida de vez en cuando. Tienes que aprender a manejarlos. ¿Qué es lo que te digo siempre?

—Que no sea catastrofista. Que acepte el temor. Y lo deje pasar.

Volvió a mirarse en el espejo.

—Problema resuelto.

Lo miré fijamente. Se le marcaban los músculos por debajo de la impecable camisa blanca. Tenía la piel brillante y gotas de agua por entre el pelo ralo de la cabeza. Se pasó la lengua por los labios y volvió a cantar, pero esta vez no reconocí la canción. Noté una opresión en el pecho. Rob era un hombre decente, un buen hombre. Un terapeuta y autor respetado, un amigo leal. Nunca me engañaría, nunca haría nada que me hiriera.

¿O sí?

Deja de sentir pánico, me regañé a mí misma. Cuando confiese mis temores, probablemente Rob meneará la cabeza con desgana. Ofrecerá una explicación lógica y soltaremos una buena carcajada. Me llamará doña exagerada, me revolverá el pelo y luego nos acostaremos y todo volverá a ser maravilloso entre nosotros.

Pero el fino elástico del tirante del sujetador seguía cortándome la circulación. El hormigueo de los dedos era cada vez más intenso. Se extendió por las manos, los brazos y los hombros. Me quemó el pecho y penetró hasta quedarse alrededor del corazón como una enfermedad.



—¿No me habías dicho que tu madre tenía sesenta años?

Busqué entre el gentío. La galería era una enorme nave reconvertida situada a las afueras de Armidale. Los altos muros pintados de blanco eran lisos como el hielo y su impoluta superficie solo la rompían los enormes lienzos de colores de mi madre. En el epicentro de la cavernosa sala, rodeada de admiradores, había una grácil figura con un resplandeciente vestido de noche.

—Tiene sesenta años.

—Nadie lo diría. —Rob dio un trago a la Heineken—. Está impresionante.

El tono admirativo de su voz me molestó. Arrastré incómoda los pies mientras afloraban las viejas inseguridades. Sí, mi madre era esbelta y fantástica; no, yo no me parecía a ella. Y no re-

cordaba que Rob hubiera elogiado mi aspecto esta noche. Miré mi ropa negra. ¿Por qué no me había puesto algo menos formal? El traje pantalón que había comprado me pareció ahora serio y nada imaginativo; peor, mis zapatos nuevos me estaban machacando los dedos de los pies y la elástica ropa moldeadora que debía esculpir mi cuerpo en curvas agradables me estaba cortando la circulación sanguínea.

Me caía el sudor por la columna vertebral al ver a mi madre revolotear de cliente en cliente como una elegante mariposa turquesa. Se había recogido la melena castaño oscuro en un estiloso moño y tenía la piel resplandeciente como la porcelana. Las lentejuelas de su vestido ceñían su esbelta figura, reluciendo animadamente cuando se movía entre la gente. Siempre había sospechado que el público asistía a las exposiciones de mi madre tanto para verla a ella como a sus cuadros. Brillaba, vibrante y cautivadoramente viva, una flamante supernova con el estático telón de fondo de sus lienzos.

—Eh. —Rob me dio un codazo—. Quítate ese aire triste. ¿Te acuerdas de lo que hablamos?

Lo miré sin entender. Él suspiró.

—Déjalo pasar. ¿Vale?

—Claro —murmuré, retorciendo molesta un mechón de pelo castaño que se me había salido de la coleta—. Lo intentaré.

Rob sonrió condescendiente y me besó en la cabeza, luego volvió a fijar su atención en la gente. Lo miré por el rabillo del ojo. Se le veía bien. Ni rastro de cansancio tras el viaje desde la costa, ni un botón fuera de su sitio. El traje azul marino y la camisa impecable hacían que sus ojos parecieran más oscuros y sus dientes, más blancos. Suspiré. Llevaba semanas esperando este momento; esperando presumir de Rob, demostrar a mi madre que me había organizado, que había ascendido socialmente, que lo había conseguido por mí misma. Encontrar un hombre que no solo estaba bueno, sino que también tenía éxito. Debería llevar la cabeza bien alta, con las mejillas sonrosadas de felicidad.

En cambio, estaba hundida.

Rob me dio otro codazo.

—Ahí viene.

Un leve brillo turquesa, el destello de una sonrisa familiar. Mi madre se detuvo a saludar a un hombre calvo y hablaron un rato en voz baja, asintiendo con la cabeza y mirándose con mutua fascinación. De pronto, mi madre echó para atrás la cabeza y soltó una carcajada.

Su timbre cantarín me pilló desprevenida.

De repente volví a ser una niña, una niña desgarbada de doce años en la cocina de nuestra vieja casa. Olía a quemado por la tostada que mi madre acababa de achicharrar. Por aquel entonces ella estaba triste y demacrada, con los ojos hundidos por el dolor y con las comisuras de los labios caídas. Llevaba el pelo largo y descuidado. Olía a alcohol. No había sonrisas; no había atisbo de risas cantarinas. Lágrimas era lo único que tenía que ofrecer. Lágrimas y culpa.

¿Qué sucedió aquel día, Ruby? ¿Por qué no puedes recordarlo?

Jamie era la primogénita de mi madre, su favorita. Tres años mayor que yo, había heredado las delicadas facciones y la esbelta figura de mi madre. Además de ser igual de extrovertida y dicharachera que ella. Mi hermana y yo teníamos el pelo castaño, pero ahí se acababan todos los parecidos. Siempre pesé de más, incluso de niña. Era tímida y llevaba gafas. Me salvaron los libros, pero ni mi hermana ni mi madre entendieron nunca verdaderamente mi adicción a la lectura. No me refiero a que la desaprobaran, pero siempre me pareció que pronunciaban la palabra «ratón de biblioteca» de una manera que hacía que me avergonzara.

Después de la muerte de Jamie, entre el dolor, la confusión y la culpa que me envolvieron, albergué la esperanza de que la predilección de mi madre se trasladara a mí. Aguardé durante años de lágrimas, aguardé a que el dolor de mi madre se aliviara, a que recobrarla la sonrisa, a que volvieran a resonar por nuestra casa sus vibrantes carcajadas. Llegó ese momento, e incluso un tiempo en el que pudo mirarme sin llorar. Pero yo había dejado de esperar la predilección de mi madre. Jamie había muerto, pero nunca la había olvidado.

—¡Ruby! —me saludó mi madre con la mano. Pidió disculpas al hombre calvo y se acercó—. ¡Querida, qué alegría verte! —